
Tres ficciones

■ Luis Arturo Ramos

I. Fragmentos de un rompecabezas

[el descubrimiento]

Las grandes canoas se deslizaron por el mar como una parvada de aves vocingleras. Sus penachos rayaban el viento como enormes cuchillos emplumados. Después se supo que vinieron de muy lejos y tomando como atajo al mar. Sus cuerpos bronceados evidenciaban la larga travesía, el sol los había trocado en seres oscuros. Desembarcaron en la playa, abandonaron la gran cueva del mar y caminaron tierra adentro hasta llegar a los primeros matojos; ahí, en lo alto de una montaña de arena, clavaron la lanza emplumada como símbolo de la conquista.

De esta manera, dicen los libros de historia, se consumó el descubrimiento del Nuevo Mundo: Europa.

[acupuntura]

Me lo preguntó cuando todavía podía hablar bien:

Es una especie de anestesia que se aplica insertando agujas, alfileres, o cualquier otro objeto delgado y punzante, en las partes, por así decirlo, estratégicas del cuerpo humano. La persona que se sujeta a esta aplicación, va sintiendo paulatinamente cómo su cuerpo se entumece, cómo sus músculos se vuelven rígidos como mordidos por una hilera de dientes helados. Es una especie de "rigor mortis", aunque el paciente se encuentra vivo todavía. Probablemente siente su cuerpo ajeno, como si sus pensamientos fueran engendrados en otra parte fuera de su propia carne, y mira su cuerpo en el espejo como alguien que ve el retrato de un mártir en un altar. Sabe que es el suyo, pero también sabe que ya no le pertenece, y mientras siente el frío invadir sus órganos vitales, tan sólo observa en el espejo un objeto totalmente parecido, como tú, a un erizo marino.

[el banquete]

Flap-flap-flap; llegaron aleteando en la tarde; flap-flap-flap; como tajos de machete negro; flap-flap-flap; grandes rocas oscuras desgarrándose en el aire. Se posaron sobre el cuerpo del hombre y picotearon; nuc-nuc-nuc; daban pasitos de niños juguetones; nuc-nuc-nuc; patizambeaban a su alrededor y hundían el pico entre las llagas. Nuc-nuc-nuc (bebitos gorgoreando quedamente). Cuando emprendieron el vuelo, sólo quedaba de él una enorme armazón de hueso, enteramente parecida a un esqueleto de pescado.

[cenicienta]

Sonaron las doce campanadas y el príncipe escapó por la ventana. Cenicienta se acercó al espejo y vio cómo su cutis perdía su tersura y daba paso a los primeros pelos; cómo su pecho volvía a quedar liso y sus caderas tornaban a su forma original. Antes de dormirse, bendijo muchas veces a su hada madrina.

[fiesta infantil]

Los cubiertos relucían como minúsculos dienteclillos; sobre el blanco mantel de encaje, el pastel con las ocho velitas. Y entre los sombreros festivos y el nivel de la mesa, doce pares de ojos miraban absortos el plato principal ya dispuesto y aderezado para los pequeños comensales: una hermosa niña, roja y redonda como una manzana.

[el castillo]

El castillo se erigía en la cima de una colina, un anillo de agua putrefacta rodeaba su estructura y emanaba consabidos malos olores. En lo alto de las atalayas ondeaban banderas ostentando escudos heráldicos; tras las murallas, el paso de la guardia nocturna cloqueaba sordamente. No es un cuadro muy aterrador, pero si se tiene en cuenta que todo esto

ocurre dentro de una fotografía, no puede una más que mirar otra vez y elogiar sin medida la habilidad del fotógrafo.

II. El espectador

En la parte superior izquierda, un triángulo invertido: Probablemente un fragmento de ventana. Del lado opuesto, la superficie pintada de verde claro ostenta una mancha de cal, quizás producida por el choque de cualquier objeto (el respaldo de una silla, una lámpara derribada, etc.) o por la mala calidad de la pintura.

Abajo y hacia un extremo, un montón de ropa (debe serlo porque se nota perfectamente la pierna de un pantalón) inventa una cascada que nace del asiento de una silla y cae hasta el piso. A continuación sigue una arista de metal, un tramo de sábana blanca ostensiblemente arrugado y un nudo de carne pilosa.

Dos trozos de carne que evidentemente pertenecen a cuerpos distintos, se enlazan apretadamente. La oscuridad que se cierne sobre ellos impide observarlos con detenimiento; pero los juegos de sombras crean en la mente del espectador (esto tomando en cuenta la febril excitación de todo aquel que espía) la imagen de una bestia devorando a otra.

La fiera victoriosa ya ha deglutido más de la mitad del cuerpo de su contraria y la integra en sí misma en un injerto grotesco. El observador se da cuenta que aquello que sucede es sólo una invención producto de la carencia de una visibilidad total y efectiva; pero al menos, mientras no conoce más, le bastará para crear una realidad más o menos coherente alrededor de lo que cree ver.

El trozo peludo asimila al otro. Lo sorbe como si se tratara de una masa semilíquida. Lo desparrama sobre sí queriendo conocer todas las partes que lo componen: Las últimas, las ínfimas, las casi inexistentes partículas que lo conforman. Es evidente un deseo intenso, total.

De pronto el observador percibe un movimiento que se interpone entre lo que cree ver y sus ojos. Se trata de un oscilar que oculta por instantes aquello que mira; algo que va y viene reduciendo aún más su condición de espectador.

Durante los segundos en que aquello se aleja, puede ver agitarse a la bestia pilosa en un supremo esfuerzo por devorarlo todo. Los movimientos convulsivos colocan aquel nudo de carne en una situación más accesible a los ojos del espectador. La ramazón de pelo se agranda y centellea bajo la sombra.

El espectador, no obstante la conciencia de que lo que ve

es una ficción, se da cuenta que se había equivocado totalmente; porque ahora, en que los movimientos llevaron a la "cosa" a un lugar más propio para ser observado, puede casi asegurar que se trata de dos insectos, araña y avispa, que se tantean mutuamente antes de comenzar la lucha.

La araña, solemne, pesada, gira sobre sí misma oponiendo siempre el frente a los amagos de su enemigo. La avispa agita las alas y aguza la cabeza; su cuerpecillo, agudo como una espina, se yergue tensamente prevenido para atacar. El oscilar de aquello que pasa frente a sus ojos inventa en la mente del espectador un movimiento que quizás no existe; y este solo pensamiento vuelve a hacerlo dudar de lo que ve.

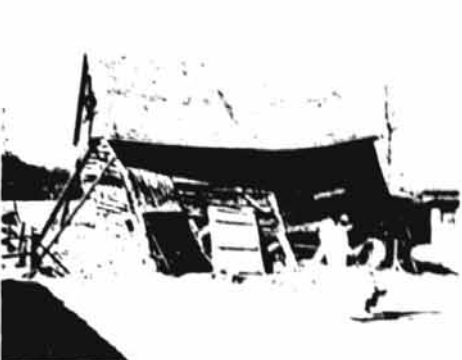
Aquello que se interpone le hace llegar lo verdadero enteramente tergiversado: Ahora cree ver la lengua de una serpiente que entra y sale velozmente de la boca del ofidio. Por fortuna ya sabe que el movimiento que va y viene frente a sus ojos, y la semioscuridad reinante en el interior, inventan situaciones. Esta idea le produce otra tal vez más terrible aún: ¿Y si él mismo estuviera siendo inventado por lo que sucede allá adentro?

Probablemente era el viento, o una cortina movida por el viento, lo que se interponía entre los dos. Dice "los dos" porque a pesar de que "aquello" estuviera compuesto de miles de elementos, la relación establecida entre ambos (de observador y cosa observada) los reduce a dos unidades. Tal vez (lo cual es probable) una producto de la otra; pero dos unidades en última instancia.

"Aquello" ha cesado de interponerse entre ambos. La lengua de serpiente ha desaparecido, ni siquiera quedan los insectos. Ahora parece que toda la oscuridad del interior se ha reunido en un solo lugar formando cientos de figuras geométricas: triángulos, cuadrados, ángulos, vértices, círculos de oscuridad. Líneas que convergen, que equidistan, que se perpendicularizan brillando y rebrillando. Mínimos espacios recónditos de oscuridad que a ratos se agigantan hasta formar un enorme círculo que gira con todo el mundo en su interior.

El que observa comienza a tener miedo; piensa que tal vez él sólo sea una parte, a veces necesaria, a veces innecesaria, de lo que sucede. Porque cree que la vida no es más que eso: "lo que sucede". Sabe también que lo que mira no es la realidad, que existe algo en su cerebro, en el camino rumbo a su cerebro, o quizás en el mismo lugar en que la "cosa" sucede, que lo tergiversa todo. Que lo lima, lo modela y lo remodela para ofrecerlo completamente distinto.

Pero ahora escucha un murmullo. Eso le da nuevos ánimos. Hasta este momento todo había sido de la vista. Todo le había llegado por los ojos. Mas ahora el sonido



monótono, el ruido que sólo sabe monorrítmico pero que no conoce, se hace más fuerte. Aumenta en intensidad y dota a las cosas que mira de nuevas y originales formas.

El ruido se define en un rugido: Mira una pantera negra sorber como un pulpo la cosa blanca. El animal rodea con sus mil pelos el objeto gelatinoso y blancuzco hasta hacerlo desaparecer. Paulatinamente cesan los murmullos. La fiera deja de agitarse y reposa pesadamente.

El espectador piensa estar observando, ahora sí, la realidad. Mira claramente a la bestia harta relamerse las fauces, ondular la lengua por los bordes de la boca y ronronear quedamente.

Pero (y esto lo asusta) la fiera, con el simple pretexto de un poco más de luz, comienza a desintegrarse frente a sus ojos, se fracciona en mil pedazos hasta volver a quedar convertida en un nudo de carne pilosa.

El niño decide dejar de mirar por el ojo de la cerradura.

III. Siete veces el sueño

Era la séptima vez y lo mismo, pero todavía no lograba recordar el sueño o la pesadilla. Todos los días se levantaba con esa sensación profunda de no haber existido, con ese enorme vacío que le indicaba la falta de algo. Al momento de levantarse corría a mirarse en el espejo y volvía a descubrir los moretones y magulladuras, esas marcas moradas en sus hombros como mordiscos recién dados, y era cuando trataba de nuevo, por séptima vez, de recordar el sueño que se le venía encima cuando dormía. Y lo peor era el desasosiego que le duraba todo el día, el nerviosismo que le impedía mantenerse quieto, y el dolorcillo de músculos estrujados y puestos en tensión. Le daba miedo dormir, tenía la impresión de que era usado mientras se encontraba en ese paréntesis que es el sueño. Y esa pesadez que casi siempre, al dar las once, le sobrevinía en los párpados, ese entumecimiento de miembros que se negaban a seguir en acción poco después del repiqueo del teléfono, última señal del mundo consciente antes de caer en la nada aparente del sueño; y luego, muchísimas cosas después, el día: los rayos tibios que penetran fragmentados por el tejido y el dibujo de la cortina; el agujero que se agranda, a medida que despierta, dentro de su cuerpo y que permanecerá ahí durante todo el día; las manchas que tardan en desaparecer, el dolor de músculos en tensión y lo que es peor, la incertidumbre, la hoja en blanco del sueño, el martilleo implacable de su cerebro en busca de los recuerdos perdidos. Y todo durante siete veces, siete veces en las que ha permanecido inerte ante todos y ante todo.

Eso fue lo que le contó a Carlos, se decidió por fin y lo hizo mientras tomaban café en uno de esos establecimientos al aire libre. Su amigo lo escuchó con esa actitud tan conocida por él, con esa aparente tranquilidad con que tomaba sus cosas; en un momento hasta llegó a sonreír ante las preocupaciones del narrador; después de todo, como le dijo, no recordar un sueño, o siete sueños aunque éstos sean el mismo, puede tener sus ventajas.

Cuando abandonaron el local los rayos del sol atravesaban horizontalmente las hojas de los árboles que bordeaban la calle; Carlos pretextó un asunto impostergable y caminó en dirección opuesta a la de su amigo; aunque no se lo había dicho, le preocupaba lo que sucedía, y más aún el hecho de que estuviera tan deseoso por recordar los siete sueños iguales; había tratado de restarle importancia al asunto pero no creyó haberlo conseguido, él insistiría en recordar y eso provocaría cosas desagradables. Continuó caminando bajo los árboles, entre los rayos, verdes de tantas hojas, cuya luz caía a su alrededor. Llegó a su casa, antes de entrar al zaguán del edificio de departamentos, miró al cielo: estaba revuelto y negro, la lluvia se anunciaba con ese olor fresco de menta de los días de Verano.

Esperó acostado en la cama a que llegara la noche, afuera la lluvia pringaba en el cristal de la ventana, como antes, como cuando estaban juntos. Se vio nuevamente, con él, de niños, correr a guarecerse de la lluvia incipiente y dispersa; y luego, separados del mundo por la muralla de agua, mirar su perfil mojado contra la pared verde del zaguán. Desde entonces, fue desde entonces. Vinieron después los años y los grandes silencios, cuando rodeados del humo rojo que salía de las bardas inmensas en los días de calor, caminaban a lo largo de filas interminables de ladrillos púrpuras para llegar a la secundaria. Y luego las pláticas, mejor dicho, sus largos monólogos, y él escuchando, oyéndolo hablar porque desde aquellos tiempos tenía que cuidarse muy bien de lo que decía; y también desde aquellos momentos, o quizá antes, supo que no quedaba otro remedio, que tenía que ser así, de este modo, y que él jamás debería enterarse pues no lo entendería, tenía la certeza de que nunca llegaría a comprenderlo.

Vio la hora y se levantó, la lluvia ya caía con fuerza deteniéndolo todo, echando a un lado el tiempo aunque los relojes continuaran andando. Faltaban pocos minutos para que dieran las once, tomó la bocina y marcó los números ya marcados siete y tantas veces antes; al oír el llamado, el reclamo, traducido en una serie de sonidos intermitentes, recordó las siete ocasiones anteriores en que lo oyó; y luego su voz saludándole familiarmente, agradeciéndole su llamada



de todos los días, a esa hora, antes de dar las once. Habló con él, le dijo muchas cosas: que no se preocupara, que los sueños que no se recuerdan pueden tener sus ventajas, y que estaba seguro de que para él (ellos) las tenía.

Colgó, dejó la bocina en su sitio, cuidadosamente, como si colocara un objeto sagrado, con esa religiosidad con que se observa, siete veces más uno, un rito misterioso. Caminó hacia la ventana y se desnudó sin dejar de ver a la lluvia

voltear de cabeza a la ciudad, se acostó en la cama y esperó. Pronto, muy pronto, vendría el sueño que se juntaría con el de él, y así, ambos, soñarían lo mismo como siete veces antes: de ahí las marcas violáceas en sus hombros, de ahí la tirantez molesta de sus músculos, de ahí esa sensación de uso que le quedaba en el cuerpo. Pero no podía ser de otro modo, lo sabía desde niño, y también sabía que él no debía nunca recordar su sueño.

